

perla entre la paja!... ¿Cómo se llama el autor de esa oda?

— José María Roa Bárcena.

— Con razón habla así, si es el único poeta conservador que existe en estos tiempos. Siga usted recitando la obra entera, que estoy cierta no desdice lo que resta de lo que va leído.

Leyó la muchacha y al concluir aplaudió la hermosa y valentísima oda. Yo me levanté á buscar á los padres de Nieves, que desde que había empezado aquel grande y donoso escrutinio, se habían alejado del cuarto por temor de la poética cellisca.



CAPITULO IV

De servicio

Con Antonio Diego de la Luz Suárez de Peredo, Velasco, Hurtado de Mendoza, Parèdes Rochel, Beaumont y Leri, Caballero de los Olivos y Arri-llaga, conde del Valle de Orizaba, señor de Tecamachalco y vizconde de San Miguel, Caballero de la orden imperial de Guadalupe y de la Real y distinguida orden de Carlos III de España, me envió la divisa de la Emperatriz, que me correspondía desde que me habían hecho dama de honor.

Suele decirse del cacoquimio, flacucho y enfermizo, que no puede ni con la fe de su bautismo. Si esto es verdad, nadie menos capaz de levantar ese documento que el conde don Antonio, que no sólo estaba próximo, según todas las señas, al trance de la pala y el azadón, sino que también soportaba tal cantidad de nombres, títulos y dictados, que

habría que suponer que no pudiera levantarlos si se lo propusiera.

¡Pobre conde! Jamás he visto persona que pusiera mayor empeño en ganar el sueldo que se le daba; hay que confesar en honor suyo que los trescientos treinta y tres



pesos treinta y tres centavos que recibía mensualmente, estaban devengados con exceso, pues de la mañana á la noche no hacía sino pensar en la manera de conseguir que en Palacio quedaran satisfechos de sus servicios.

Eran las seis de la tarde cuando llegué al palacio, esa hora en que todavía no se enciende la luz artificial y en que la del sol acaba de retirarse con todos los honores, dejando en el poniente unos cuantos jirones de púrpura. Quizás la hora, quizás el sitio, quizás la decoración verde obscuro de la sala, quizás todas estas cosas reunidas, me hicieron ver á don Antonio con aspecto particularísimo. Estaba de pie, recargado contra el muro, y llevaba en la mano un papel que se me figuró el cañuto que sin falta ninguna llevan las figuras de los retratos viejos. Y luego su tez de color amarillento, el mechón de cabellos que le caía sobre el rostro, los ojos tristes y profundos, las ma-



— Me hizo una seña el conde, y me senté en un sillón...

nos flacas y finas, la enorme nariz aguileña, la voz cansada y el conjunto todo, me daban idea de un ser del otro mundo.

Yo conocía las aventurillas de don Antonio, ¡vaya si las conocía! desde su estancia en París, cuando recorrió en brazos de mujeres en cueros no sé qué baile público, hasta su matrimonio en Viena, que por cierto ignoro si se realizó y cómo; lo que sé es que aquí no vimos á la señora condesa.

Me hizo una seña el conde y me senté en un sillón forrado de cuero que estaba á mi alcance.

— Ya sabrá usted, puesto que se lo debe de haber comunicado el Gran Mariscal, que ha sido nombrada dama de honor de la Emperatriz. Aunque la Dama Mayor debió entregarle el nombramiento y la insignia, como aún no se sabe si servirá el cargo Mme. Kuhahewich ó la condesa Kollonitz, yo estoy encargado de poner en sus manos esos papeles por orden de la Señora.

Y me dió el cañuto que portaba en la mano derecha, la cual no había meneado un instante.

— Necesito explicar á usted sus nuevas atribuciones, porque cabalmente acaban de entregarme la parte relativa del ceremonial... Está usted á las órdenes de la Dama Mayor; su lugar en la Corte es después de las damas de Palacio. Se relevan las damas de servicio cada domingo, después de la misa, á la que tienen que asistir la dama entrante y la dama saliente. La que esté de servicio no de-

berá salir de la residencia de la Emperatriz sin su permiso. Estará siempre á disposición de la Emperatriz para ir á misa ó acompañarla en coche, á caballo ó á pie y para leerle cuando lo desee. Deberá usted vivir en Palacio; tendrá asiento en la mesa del Gran Mariscal y un carruaje de la Corte á su disposición. Cuando la Corte esté de jornada en algún sitio imperial, podrá prolongarse el servicio de las damas de honor. La Emperatriz designará las damas que deban acompañarla en sus viajes. Tienen las damas obligación de concurrir á las grandes fiestas nacionales y de Corte cuando la Emperatriz concorra á ellas. En el desempeño de sus funciones no podrán hablar á la Emperatriz de ningún asunto extraño al servicio. Sólo podrán ver á la Emperatriz cuando las llame ó cuando hayan solicitado y obtenido una audiencia por conducto de la Dama Mayor. Sólo por escrito podrán comunicarse con la Emperatriz...

Don Antonio había en parte relatado y en parte leído; pero desde antes que acabara su tarea noté que se echaba para atrás en la silla, que pujaba, que hacía gestos, y por fin, oí el ruido característico del momento en que se salta un botón: el señor conde andaba mal de digestiones y acababa de aflojarse el pantalón para estar á su gusto y mantener el tubo intestinal sin obstáculos.

— Mañana empieza usted su semana; tráigase, pues, su equipaje, que su cuarto ya está listo.

En un vuelo llegué á mi casa, afligida con toda mi alma como si me hubieran dado la peor noticia. Esa noche recibí dos visitas: la de mi cuñado Jecker, que fué á hablar-me de negocios, y la de mi padrastro, que frunció el ceño al ver que no me encontraba sola.

— ¡Hija, por Dios, qué cara te vendes! me dijo el viejo; desde que andas, comes y vives en compañía de príncipes y emperadores, ya no es posible echarte la vista encima... Como si porque llegues á grandes alturas dejaras de ser parienta, y parienta cercana, de este pobre y desvalido viejo.

Miréle entonces, y me convencí de que, en efecto, estaba más viejo y arruinado que nunca. Convencido seguramente de que la pintura de nada le servía, habíase dejado sin afeite el cabello abundante y lacio, que ahora parecía una de esas colas de ixtle que usan los indios en sus *mitotes*; la dentadura, á pesar de ser vieja en su poder, le producía las mismas molestias que en los primeros tiempos, de manera que no había palabra que no pronunciara apretando los dientes y expeliéndola con acompañamiento de aire y saliva.

— Ya Antonio, mi pariente, como lo sabes bien, me ha dicho todo lo que te quiere la Emperatriz; ya me explicó que te dieron habitación con vista al zócalo, y que te están aderezando en Chapultepec un cuartito muy mono... Yo lo celebro, porque al fin eres de mi sangre; pero no estoy con-

forme con que me muestres ese desdén, como si no me conocieras... El otro día, el de la entrada, te ví en la puerta de Minería; quise saludarte, te hice una caravana y tú volteaste el rostro fingiendo que no habías reparado en mí... Eso no está bien, hija, no está bien por más que seas tú

quien lo haga.

No pude resistir el disgusto que me causaba su necesidad y le contesté:

— No le ví; pero si á pesar de haberle visto hubiera apartado la cara habría hecho bien; no quiero que vuelva á echarme los perros como la vez anterior.

— ¿Perros? ¿De qué perros hablas? Esta siempre de broma, le dijo á Jecker sonriendo. ¡Vaya una cosa! Conque perros...

— Sí, los perros, la policía, los juaristas...

Mudó de color el viejo y exclamó balbuceando:

— ¿Y por qué te había de echar la policía? ¿Qué burros te habías cogido? Tienes unas invenciones...

— No sé; pero como entonces alardeaba usted de republicano celoso, tuvo el buen deseo de salvar á la patria



cogiéndome para que me pusieran en cepo dizque por conspiradora en favor de la intervención: á ver si en esta vez halla motivo para delatarme acusándome de que conspiro contra el imperio.

— ¡Ah, qué Josefina!...

— Y como tiene usted grandes influencias, no es remoto que logre que me envíen á Cayena ó á la Martinica.

— Me voy, me voy porque decididamente estás de broma. Tú tienes que tratar negocios con el amigo Juan Bautista, y has imaginado deshacerte de este posma importuno inventándole bromitas que le hagan reír... ¿Y Eugenia?.. Yo sé que por allí anda tan buena, en compañía de sus suegros, sin acordarse de ti para maldita de Dios la cosa... Bueno, basta ya; abur, amigo Jecker; adiós, hija... Adiós, dama de... honor...

Temblando salí á acompañarle, temerosa de que me lanzara otra cuchufleta en presencia de Juan Bautista, y en la puerta, con el sombrero calado, me dijo todavía:

— ¡Bonita noche; chulísima para dejar á una madre llorando!... Pues volviendo á lo de Génie, la encontré cuando se marchaba con su suegro... No sé adónde iban, ello es que era lejos... Está chula como un peso... Mejor que tú si se ha de decir la verdad... ¡Vaya una hija que te rayaste y vaya una mujer que se llevó ese buen señor á quien se la diste!...

Estaba suspensa oyendo cosas que pensaba averiguar